



In Memoriam



Eduardo Federico Guillermo Grau

“... el oyente debe ir desarrollando su propia y única experiencia intensa y comprometida, con una inteligencia y educación que le faculte para ir en busca del arte en forma activa...no debe esperar que el arte le llegue como si fuese una brisa gentil y ajena, ya que, para el verdadero observador y gustador es, siempre, un compromiso de atención y no una generosa dádiva de placer y emociones.”

Grau: Una filosofía del tiempo encarnada en lo sensible. (1989: 17-18)

Cuando rendimos homenaje a la memoria de un maestro, podemos escoger entre reseñar su obra, su accionar, su trayectoria, o intentar plasmar su personalidad, sus aspiraciones, su sentir. En el caso del maestro Grau, ambas vertientes van unidas y se retroalimentan. Hablamos en presente, porque, aunque desde el 4 de enero de este 2006 ya no existe físicamente, su obra, sus ejemplos de vida, sus expresiones plenas de humor, sus anécdotas, continúan acompañándonos.

Fue Mendoza el lugar elegido por el maestro para radicarse, para trabajar, para proyectarse y para crear, porque aunque nacido en Barcelona, Argentina fue su patria de adopción ya que desde los 8 años de edad vivió en Buenos Aires. Allí realizó su formación musical, para pasar a Mendoza en 1948. Su historia en nuestra provincia, corre paralela a la del Conservatorio de Música y Arte Escénico de la UNCuyo, todavía en crecimiento. Ya desde aquella década del '40 eran reconocidos sus méritos en la disciplina musical. Julio Perceval, encomendado por el rector Edmundo Correas para crear, dirigir y hacer del Conservatorio un centro educativo de excelencia, lo convoca para integrar el claustro docente, labor que cumple en la cátedra Historia de la Música por espacio de casi 40 años, además de colaborar con el dictado de otras asignaturas.

Sus ansias de superación, su inagotable necesidad de informarse, no sólo sobre música sino de cuanta disciplina tuviera que ver con lo humano, hicieron que sus amigos lo consideraran un “sabio”, como enfatiza su colega y amigo Ramón Rodríguez Britos. Constantemente referenciaba sus ideas con frases de filósofos, literatos e historiadores reconocidos mundialmente. Este anhelo de saber se vio reflejado en su participación para enriquecer los Planes de Estudio de la ya denominada Escuela de Música, con asignaturas de formación estética. “Mientras más se sabe, mejor se toca” decía.

A la vez, conocedor de los tiempos que demandan los estudios de técnicas instrumentales, elaboró apuntes de los diferentes cursos de Historia para ayudar a los alumnos a aprobar sus asignaturas. Fue un trabajador infatigable en su función docente, preparó además los “estudios complementarios”, síntesis de los apuntes, para extraer las conclusiones de cada tema que orientaran aún más a los estudiantes. Sus materiales, escritos y consejos llegaron a muchos colegas y discípulos, en ese característico espíritu de servicio que lo acompañó siempre.

No conforme con irradiar sus enseñanzas en el aula, también ejerció función docente con la comunidad a través de numerosísimos ciclos de conferencias en diferentes medios, instituciones y emisoras radiales de nuestra provincia, Buenos Aires y Uruguay. Para la Editorial Ricordi Americana realizó la revisión de la obra completa de Debussy, de las *Sonatas* para piano y las *Sinfonías* de Beethoven de Ernesto de la Guardia. Cuenta con publicaciones como *Panorama de la antigua música española; Baja Edad Media, Ars Nova y Renacimiento; Una Filosofía del tiempo encarnada en lo sensible*, entre otras; y además con varias traducciones editadas.

También le cupo la responsabilidad de conducir como Director, los destinos de la Escuela de Música, en épocas muy difíciles (1975-80), misión que no eludió asumir, en la seguridad de que sus ideales y compromisos giraban sólo en torno a la música y sus metas a mejorar la institución.

Sus saberes y vivencias fueron volcadas a sus creaciones. Compuso alrededor de 240 obras, de género escénico, sinfónico, coral, de cámara y solos instrumentales, en las que hace empleo de un lenguaje ligado al cancionero español antiguo. Su espíritu inquieto y sagaz era esencial en su vida, por lo que esta labor compositiva, al igual que la de escritor y conferencista fue continuada aún después de acogerse a la jubilación, en 1986.

No demoró en llegar el reconocimiento institucional a esta fecunda tarea; en 1997 la Facultad de Artes lo designa “Profesor Emérito”. Pero, como él decía: “profesor” es quien, al completar una carrera, obtiene un título, “señor” sólo pueden ser unos pocos. Es que, junto a toda esa laboriosidad y sensibilidad señaladas, acompañaron al maestro Grau un sentido del honor y una ética poco comunes. Su accionar como hombre, profesor y artista, y seguramente como esposo, padre y abuelo, estuvo signado por un rigor sin concesiones. Así vivió hasta que, poco antes de cumplir los 87 años, le alcanzara la muerte, en Adrogué, provincia de Buenos Aires.

Quienes hemos sido sus discípulos pudimos no sólo gozar de sus clases sino de percibir su sensibilidad, al observar cómo sus ojos brillaban y su voz se entrecortada al escuchar y luego explicar un fragmento que lo conmovía. Aprendimos a gozar de una audición y a comprender un conocimiento transmitido con pasión. Así pasó por nuestras vidas el maestro Grau, no fue un profesor más, no sólo instruyó, sino que ayudó a formar personas con vocaciones estéticas sólidamente definidas. Si pudiera escucharnos, la mayoría de nosotros le diríamos ¡gracias maestro, su misión ha sido cumplida!

Enriqueta Loyola
marzo de 2006